

LA VACA Y EL PORDIOSERO.

Era en el pintoresco valle de Loyola.

José y su vaca iban por la carretera adelante de regreso á casa, cuando al amo se le antojó entrar en un tabernucho á beber un vaso de *sagardua*, y á la vaca, por no ser ménos, la dió por irse al monte á pacer la yerba que en quel momento empezaba á remojar con el rocío de la tarde. Él se volvió tarumba buscando al animal por valles, colinas, montes, preguntando de caserío en caserío; nadie la habia visto; unos como para tranquilizarle le decian que por allí haciapoco habia pasado una tropa de gitanos; otros le contaban que el *oso de Ametzagaña* rondaba por el monte buscando carne por aquellos contornos: José, desesperado, molido de andar por vericuetos, con la ropa desgarrada, sin boina, lleno de fango hata los pelos se volvió á casa, sin esperanza de volver á ordeñar más su vaca, como él decia.

Toda la noche hubo lagrimeo y oraciones á todos los santos. Perder la vaca era perder lo mejor de la hacienda, el almuerzo y la cena, la leche del mercado, los terneros, tampoco podrian labrar la tierra; habia motivo para que el pobre José estuviese dado á todos los diablos, puesto que él habia sido el que la habia perdido.

—¡*Aita San Anton!*—decia Manuela en tono compungido de vez en cuando;—tú que eres santo de mi devocion, dáme mi vaca; y te ofrezco seis varas de cerilla, una misa, mis trenzas, lo que tú quieras.

José á su vez decia, dándose cachetes en la cabeza:

—¡Maldita taberna! No volveria yo á entrar en ella si pareciese la vaca.

Oyeron que la campana de la iglesia de Astigarraga daba las dos de la madrugada, y no pensaban acostarse en la esperanza de ver entrar de pronto por la puerta á la vaca; Manuela llegaba á veces á creer que iba á caer por la chimenea, mandada por San Anton,

Estaban así desvelados los dos pobres caseros cuando oyeron golpes á la puerta; un fantasma que se les hubiese presentado de repente no les hubiera hecho dar un salto igual. Manuela corrió á abrir y José corrió tras ella.

—¡La vaca, la vaca! gritaba bailando de gozo José, y contento como estaba la daba cachetes en el testuz.

—Gracias, San Anton,—gimió Manuela, arrodillándose á los piés del viejo que traía la vaca del ronzal—bien sabia yo que harías caso de mi oracion. Ven á calentarte y bendecirás esta casa. Te has disfrazado de pordiosero, pero te conozco en la cara, sí, tú eres San Anton que me traes mi vaca.

—Señora, por Dios, si yo no soy tal santo ni mucho ménos,—dijo el viejo, que no era otro que un infeliz pordiosero que vagando por el camino encontró la vaca suelta en un prado, y el buen hombre no paró hasta dar con los dueños del animal—¿cómo he ser yo San Anton, repuso aturdido al ver derodillas á Manuela—vaya una facha que tengo yo para santo—y se echó á reir á carcajadas de la credulidad de la buenaza de Manuela.

—No, no,—repuso cariñosamente ella—me parece que has bajado del altar de nuestra iglesia.

José volvió del corral de atar la vaca al establo.

—¿Cómo haría yo para pagarle tanto favor?—dijo abrazando al *santo*.

—Dejándome un rinconcito para dormir esta noche y dándome unos mendrugos....

—En mi cama ha de dormir—dijo José.

—No esta noche, sino toda la vida vivirá con nosotros,—replicó Manuela.

—Sí, quédese, que nos traerá buena sombra.

El vagabundo aceptó de buen grado ¡no faltaba más!, y desde aquella noche José y Anton vivieron como dos hermanos.

LUIS BARRERA.

